





# Convocaciones, desolaciones e invocaciones





# Convocaciones, desolaciones e invocaciones



ETHEL KRAUZE

Textos de Difusión Cultural  
Serie Presente Perpetuo



Universidad Nacional Autónoma de México  
Coordinación de Difusión Cultural  
Dirección de Literatura  
México, 2015

Ethel Krauze es miembro artístico  
del Sistema Nacional de Creadores de Arte.

Primera edición: agosto de 2015

D.R. © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México  
Coordinación de Difusión Cultural  
Dirección de Literatura  
Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán  
C.P. 04510 México, Distrito Federal

D.R. © 2015, Ethel Krauze

Diseño de portada: Gabriela Monticelli

ISBN: 978-607-02-6925-7  
ISBN de la serie: 968-36-6808-9

Esta edición y sus características son propiedad de la  
Universidad Nacional Autónoma de México.  
Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio  
sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.  
Todos los derechos reservados.

*Impreso y hecho en México*

## PRÓLOGO

### ETHEL KRAUZE: EL AMOR AL DESNUDO

DIONICIO MORALES

En estos tiempos de cólera que vivimos, no sólo en México sino en el mundo, por los desmanes –iba a escribir desmadres– meteorológicos, las guerras, las enfermedades pandémicas, los secuestros, el narcotráfico, las muertes impiedosas –entre otras cosas igualmente terribles y catastróficas que, quieran o no, deterioran el espíritu y los modos de vida de hombres y mujeres en todo el planeta–, la cólera secreta, esa que anida en el corazón y en el alma de cada uno de nosotros, pese a los diluvios y naufragios que sabotean de vez en cuando la vida pero que nos hacen sentir que no hemos estado muertos nunca, esa cólera secreta que un día se convierte en alientos agónicos o en soplos de temporal en las páginas de un libro en blanco, es decir vacío –como en la novela de Josefina Vicens– y que como un espejo sin curvaturas nos transparenta el otro rostro, que puede llegar a ser el verdadero, de pronto se retrae de las cosas que trastocamos a diario y centrípetamente nos arrastra hacia un llamado que no cambiará el modo de pensar o de sentir de las masas –lamentablemente–, pero que sembrará la semilla o el grano de arena para que en la soledad de nuestra lectura nos cambie para bien, a uno por uno, por dentro.

Por lo general, cuando de hablar de una obra poética se trata, los críticos, los historiadores literarios, los académicos, para clasificarla, recurren a los términos “vanguardia” o “tradición,” aunque

después se explyen hablando de la significación de sus valores o de sus deficiencias, según sus puntos de vista, es decir, de su lectura. Este libro, *Convocaciones, desolaciones e invocaciones*, de Ethel Krauze, autora de *Cómo acercarse a la poesía*, clásico contemporáneo elegido por la Secretaría de Educación Pública de México como texto indispensable en las Bibliotecas de Aula y en las Salas de Lectura del país, entre otras publicaciones, podríamos catalogarlo, en caso de que fuera necesario, dentro de lo que se conoce en la literatura mexicana como “tradición”. O como dice Jaime Sabines, dentro de los poetas que se tropiezan con una piedra y dicen “pinche piedra.” *Convocaciones, desolaciones e invocaciones* está constituido por poemas seleccionados de otros libros de su autora ya publicados y por poemas inéditos; en este sentido el lector está ante una nueva visión y propuesta poética de Ethel Krauze, con sus mismos elementos presentados de otra manera.

En la primera parte del libro, “Convocaciones,” la poeta, desde el punto de vista formal, aborda sus temas, además de con una secuencia clásica –cuatro poemas escritos en sonetos–, con versos de una gran musicalidad entrelazados con la habilidad de quien conoce ciertos vericuetos de la creación, que ayudan, creo yo, a que las razones y sinrazones amorosas, sensuales y sexuales, que no es lo mismo, adquieran una mayor connotación expresiva de lo que desde el principio del mundo conocemos como “canto”. En estos poemas de Ethel Krauze hablamos ya, claro, de una poesía descarnada –encarnada– que como en los textos más antiguos, hállese de cualquiera de las religiones que más fieles tienen en el mundo, la expresión conlleva cierta naturalidad y una más fácil asimilación para evitar desvíos conjeturales.

Sin que nos quebreemos mucho la cabeza para desentrañar los temas que la autora desarrolla a lo largo de este libro, diremos que, una vez más, son los asuntos de siempre: amor, vida, muerte –aquí no importa el orden– y Dios. “Convocaciones” diremos



que, al principio, es un llamado a las estratagemas del recuerdo que en un tono de amor que podríamos calificar de primerizo, va dibujando sus bocetos, el mapa de la memoria que, como en un cuadro, será la base, el esqueleto de la figura, es decir de lo que vendrá después. De pronto en los cuatro sonetos la música se ciñe a su pentagrama y el lenguaje aparece un poco más audaz que al principio; la expresión, pese a la prisión de la forma, o por ello mismo, busca liberarse después de puntualizar los embates amorosos que dejan atrás un diseño, para aterrizar más tarde en la libertad que aspira a ser total. De “¿Recuerdas cómo era la lluvia/ cuando aún no nos besábamos?”, pasando por “En tropel el amor viene cayendo/ en tu cuerpo y el mío..”, para llegar a “Qué bueno que soy así,/ abierta,/ ardiente/ y solidaria/ con las causas sagradas/ de la cama”.

A “Desolaciones”, la segunda parte del libro, bastante nutrida en páginas, la ampara una palabra que podríamos llamar vallejiana del todo. Esta sección del libro de Ethel Krauze me remonta a ciertas discusiones académicas y, en contrapunto, también de cantina, sobre la apreciación de que la literatura de cualquier parte del mundo está poblada, más que de regulaciones amorosas satisfechas, de olvido y desolación, de dolor, pues, de muerte, para llegar a lo último o lo primero de la vida. Nada es para toda la vida, reza un dicho popular. Y yo agregaría que si esa cosa que muchos llamamos felicidad pero que no sabemos a ciencia cierta qué es, o cuándo llega, durara toda la vida, la vida, y por añadidura la literatura, estarían incompletas, es decir huérfanas, porque aquí los excesos y los tiempos transcurridos serían un desbordamiento inusitado o una irreprimible contingencia.

En esta sección las desolaciones, que no se deberían de calificar siempre de dolorosas, o que no provocaran nada más nobles palabras compasivas, tendríamos que vivirlas como el inacabado complemento de la felicidad, porque ella –la felicidad– es la raíz,

el origen primitivo de lo maravillosamente vivido, cierto, pero también es el antecedente de esta parte que se considera negativa en nuestra existencia pero que nos hace estar más vivos que nada, con las heridas agónicas, con los tristes descalabros, con el alma en vilo y el corazón descarapelado. La poeta lo dice mejor que nosotros: “No te he olvidado,/ mis dedos se refugian en las sombras/ persiguiendo memorias”.

Ethel Krauze incluye aquí –dónde más que en desolaciones– un poema escrito a su madre muerta. Aunque en esto del dolor –en este caso podríamos decir que es hacia adentro– cualquier consejo o solidaridad con los deudos de pronto salen sobrando ante el inevitable estruendo de la orfandad, siempre nos asombra que un autor, una poeta, comparta a través de la poesía, de su poesía, que es lo más entrañable y próximo a su vida, esta afflictiva situación que se tiene que vivir en carne y alma propia y que no tiene paralelo de comparación en lo que a la muerte se refiere. A veces estos poemas pueden ser la última conversación con el ser más querido, o una regresión a la vida vivida, compartida, y a veces padecida en compañía. Y si líneas arriba hablé de un dolor hacia adentro, que es personal, íntimo, también podemos hablar del dolor hacia afuera, como en el caso del poema de Krauze titulado “¡Ayotzinapa!”. Y este crimen que ha conmovido al mundo por lo que significa de injusticia y de impunidad, de masacre, de orfandades, de cielos oscuros y aguas muertas, de silencios olvidados, de sangre alucinada, no puede pasar inadvertido para el corazón y el razonamiento de Ethel Krauze. Con palabras sencillas pero ardientes, con entrega de amor y de reclamos, somos partícipes de este dolor que, como el rayo de Vallejo, todavía no cesa.

La última parte del libro de Ethel Krauze lleva por título “Invocaciones.” Y aquí está Dios, como al principio. Es una plegaria de fe –no todas las plegarias lo son– que lucha cuerpo a cuerpo con una determinación científica muy próxima a la muerte. Es la

voz dolorosa de un alma en cuya música celebrada dentro de los cánones más exigentes, laten los últimos alientos devotos. Es la súplica de un espacio de vida. Es la permanencia en el tiempo de la cosecha de los frutos maduros.



## CONVOCACIONES



¿RECUERDAS CÓMO ERA LA LLUVIA  
cuando aún no nos besábamos?

Era julio  
y el moribundo cielo  
se rasgaba.

Nos miramos tras la reja  
muchas veces,  
antes de que el fruto  
se abriera.

Nos subimos al puente del aroma  
para probar el naranjo  
en nuestra sed,  
y no saciaba.

No saciaban los hielos  
en el vaso  
ni el cántaro de vino  
ni la miel.

Nos bebíamos el filo  
de la lluvia  
en la ropa,  
en el paraguas,  
y el clamor no cesaba.

Recorrimos las calles,  
los planetas,  
buscando el vértice  
del agua.

No lo hallamos.  
Intentamos la espuma,  
la neblina,

el vidrio de la madrugada,  
las fibras del rocío,  
la escarcha,  
la vibración de la nieve...  
Nada.  
Ni una gota que calmara  
la fiebre.  
No hubo otro modo:  
cerramos los ojos  
y dejamos que el beso  
nos llamara.

QUIEN NOS VIERA VOLAR  
en la espesura  
no sabría  
por qué la luz  
nos anuda.  
Por qué la estrella  
nos sigue aun bajo techo  
y se cuelga del hombro  
para no perdernos.  
Por qué la aurora nos busca  
en cada nota  
en cada filo  
de su lento círculo.  
Por qué nos silba el alba  
respirando por fin  
su brisa helada  
como si despertara  
de un desmayo  
o de una sombra.



Por qué la alondra  
con su trino teje  
la claridad  
que nos envuelve,  
el latido donde nos tocamos.  
Quien nos viera iniciar  
el ancho vuelo  
en el cristal de la noche,  
no sabría lo que hacemos.

SE LLAMA, LLAMA, AMOR, ESTA DULZURA  
que pacífica enciende nuestras sienas  
y se vuelve voraz, mientras sostienes  
el temblor que revela mi cintura.

Se nombra, lumbre, amor, esta locura  
de sabernos heridos y sin bienes,  
pero ricos en sendos parabienes  
que en el cuerpo y el alma hacen hondura.

Se dice, dicha, amor, a este tormento  
que se pasa enlazando tu figura  
al follaje febril de mi premura

donde apenas te alcanzo y no te tiento.  
Se abraza, amor, la brasa eterna, pura,  
y no admite razón por argumento.

ES EL FUEGO QUE CRECE ENTRE LOS RÍOS  
de la vida y la muerte, el verdadero

camino del eterno vertedero  
donde el polvo y la miel hacen rocíos.

Hacen ramas unidas, desvaríos  
que se vuelven un solo reverbero  
en la fronda, y un paciente reguero  
de luz, de cántaros sin fin, umbríos.

Es el fuego, amor, su imán alado  
que entrecierra los ojos cuando quiere  
más mirar la figura del amado,

cuando ama febril cuanto lo hiere,  
sin apenas tocar el anhelado  
perfil, que entre las manos nunca muere.

SE LLAMA TRÁNSITO DE LLAMARADAS  
que en penumbra nos pueblan sin dejar  
espacio, un refugio, un lugar  
donde guardar en ecos sus llamadas.

No permite en su seno las heladas  
respuestas, ni concibe titubear  
ante el sello que impone, sin pensar  
si queremos, si las vemos deseadas.

En tropel el amor viene cayendo  
en tu cuerpo y el mío, en las almas  
que unidas hacen río, descubriendo

las olas de su fuego, de sus palmas  
que dormían a solas, y sintiendo  
la alborada gozosa en nuestras calmas.

ES LA PÓCIMA AGUDA QUE DESPIERTA  
el sentido, los sudores helados  
en la frente, de nubes coronados,  
y los vuelve furor de crin abierta.

Es la magia que preña la encubierta  
raíz del manantial, donde los prados  
reverdecen al tacto de sus hados  
y separan la savia, que es la cierta.

Es la alquimia que dicta al inocente  
girar su trote hacia el voraz espejo  
donde vaga una sombra, y en su mente

no hay salida ni rumbo ni reflejo,  
sólo llamas y vuelo intermitente:  
el amor que lo tiene tan perplejo.

¿DE QUÉ ESTÁ HECHA LA MAR, SI NO DEL BESO?  
¿De qué, las olas, sus mansos y atroces  
movimientos azules?: de los roces  
que el cuerpo envía a los aires del cerezo.

A los aires del fuego, a su proceso  
magnífico y silente, a sus poses

de labios imprudentes como arroces,  
cuyo brindis recíproco, son eso:

Eso, amor, un cáliz tenebroso,  
un almendro que vaga entre las venas  
en la lámpara oscura del reposo;

eso, amor, la fiebre en las cadenas  
de tu pulpa, la luz de este sabroso  
morir, el beso que mi pozo llenas.

¿DE QUÉ ESTÁ HECHA LA LLAMA, SINO DE ORO?  
Su círculo de espejos intangibles  
en la mano que aguarda, son visibles  
si los carga el amor, como tesoro.

Si los lleva el silencio como coro,  
como imán de las páginas legibles  
donde sólo nosotros, encendibles,  
escuchamos su mensaje canoro.

¿De qué está hecha la válvula del fuego,  
sino de la mitad de tu figura?  
De la otra mitad, desasosiego,

se fabrica la nuez de mi segura  
fusión, la dulce vértebra que siego  
para ti: lazo al fin que nos apura.

¿DE QUÉ ESTÁ HECHA LA VID Y SUS SABORES?

Del aliento salobre que el sudor  
en tu frente, en tu nombre es amor,  
y se vuelve región de los olores.

Región del vino suave, de fulgores  
rociado, con pacífico rumor  
de agrestes hojas, zumos de color  
indómito, como navegar flores.

La vid, que es sed de mar amurallada,  
la vida mar, de muro que es morada  
del amor; vino puro y encendido

en el amor, vida de mar herido  
en la sed, en el muro de la flama  
que recorre la vid en cuanto ama.

EN EL PRINCIPIO ERA EL AGUA:

y en agua un bravo mar abierto  
que encontró su cauda y su ribera  
en medio de tus piernas.

Y aconteció una luna  
y otra y otra  
y no hubo más estrategia  
que ésa  
para dejar la mar en calma,  
los cielos despejados  
y un vergel en la tierra.

QUÉ BUENO  
que Dios me hizo una diosa  
de las cosas sabrosas,  
y a mi marido lo hizo un plato de lujo  
en el banquete.

Juntos,  
somos el cocido más jugoso  
del menú.

Somos el guiso  
más apetecible,  
el bocado prohibido,  
el lúpulo embriagante.

¡Que el mundo aplauda  
esta probada!

Qué bueno  
que Dios me hizo sabihonda  
en los asuntos del cuero y de la carne.  
Me gusta que las cosas sepan  
a lo que reza el mandamiento:  
el beso, a sal;  
la lágrima, a elíxir;  
el vino de la vida, a semen;  
la pulpa de mi cueva, a mordedura,  
y a mucha hondura,  
porque también disfruto de la metedura del lenguaje:  
el de la lengua  
y sus sinónimos.

Qué bueno  
que Dios me haya dotado de una concha entre las piernas;  
y en la concha, una perla;  
y en la perla,  
el brillo extasiado de mi grito.

Me regaló el frenesí  
para decir que sí.  
Sí. Sí quiero.  
Sí me gusta.  
Sí, de nuevo.

Los perros cantan a la luna  
y yo le cuido a mi marido el sueño  
que se tiene merecido.

¡Qué bueno  
que tengo ojos, nariz y boca  
para mirar, oler, morder  
todo lo que tu cuerpo  
me provoca!

Qué bueno  
que estoy loca  
de atar, si fuera poco,  
para sentir tus brazos como cuerdas  
alrededor de mi cintura;  
tus labios, una cárcel de besos;  
tu pecho, una loza que impide respirar;  
tu corazón, las campanadas del patíbulo;  
tu estaca, el talismán de mis aullidos.

Qué bueno  
que tengo estas metáforas  
para contarle al mundo  
cómo me maltratas.

Qué bueno  
que Dios es mi testigo,  
mi cómplice  
mi amigo.

Qué bueno que Dios  
me puso un ramillete oscuro  
entre las piernas;  
y a mi marido,  
una centella  
que aviva el fuego de la hoguera.  
Juntos, somos consumación  
que nunca cesa.

Qué bueno que soy así,  
abierta,  
ardiente  
y solidaria  
con las causas sagradas  
de la cama.

Qué bueno que no se arredra  
mi marido,  
cuando le digo que estoy como una tea:  
ardiendo a fuego lento  
y durante mucho tiempo.



No tiene miedo:  
prepara sus dedos  
    y su musculatura,  
respira hondo  
entrecierra los ojos.  
La luna pasa como espejo en sus pupilas:  
una daga de luz.

Entonces, tiemblo.

Qué bueno:  
soy el lado oscuro de la dama,  
tengo volteada la decencia  
y no me cuestan las palabras  
para decir las cosas que ocurren en la cama,  
y en los pasillos  
y en la cocina  
    y en la mesa de la sala.

Nos sobamos el laberinto de la oreja  
    con la lengua  
y nos metemos los dedos donde quepan.

No contamos el tiempo.  
El tiempo nos cuenta, nos repasa, nos repite  
    en un círculo ondulante.  
Eso es bondad. Y eso es deseo.

SABES A MAR DE SAL OSCURA  
donde los peces tienden su ropaje  
a secar.

Sabes a vaso de vino  
en el tejido de la rosa,  
en el momento ciego de la espuma.  
Sabes a azálea bajo el viento moribundo  
de la tarde,  
abanicándose en la mesa.  
Sabes a pan moreno  
en la boca del olivo,  
a sorbo de gaviota  
recostada de sed  
en las balaustradas.  
Sabes al semen vegetal  
de tallo erguido  
embistiendo la jungla,  
a zumo entre las ingles  
y en el botón de la pimienta.  
Sabes al junco recién sembrado  
en el vientre,  
a la mordida del rocío  
en la lengua.  
Sabes a lúpulo  
en el rayo del vidrio,  
a ráfaga de menta  
en la garganta.  
Sabes a semilla de sol,  
a sudor que se enreda  
en el vello,  
a axila tierna,  
a músculo salvaje.  
Sabes a viaje por el lecho  
entre el durazno de sábanas  
y el follaje humedecido

que nace de los besos.  
Sabes a liquen,  
al jugoso témpano  
que se respira  
en el limón de puerto dulce.  
Tus rodillas saben a corteza fresca,  
tu pecho, a giro de garza en busca de la ola,  
tu sexo a rama de manglar  
en la lengua,  
tu brote sabe a vena de hoja  
entre los dientes,  
a abeja yugular,  
al pulso de la miel.  
A mies sabe tu rama, tu brote a pulpa,  
tus hombros, a buena especia,  
tu cuello a vaina de nuez,  
tus cabellos a lomo de cabritos  
en el valle tinto,  
tus labios a red de pescadores  
desde la barca henchida,  
tus pestañas a río de raíces curvas,  
de velas en picada.  
Sabes, amor,  
que sabes al oro púrpura de la fogata,  
al crepúsculo humoso,  
al instante del agua.  
Sabes a roce  
lento, devorable.  
Sabes a cuerpo, amor,  
a corazón,  
a sangre.



## DESOLACIONES



DESPUÉS DEL FIN

anidaré

anidaré

anidaré en tus brazos de fantasma,  
en tu cuerpo de agua.

Me habré roto en pedazos la cabeza,  
volcado en fuego.

Mas no habré muerto.

Te seguiré

te seguiré

te seguiré en la puerta de la nada,  
la cruzaré al desgaire  
y entenderé qué hay detrás del fin.

Un hilo de tu ser empecinado  
se enredará en mis piernas,  
me tumbará de nuevo  
rendido por tu amor, rendido.

Tras ti en el corredor del paraíso  
paciendo con los lobos,  
tu cuello de ángel con el hacha en medio,  
sabré,  
después del fin,  
de qué se muere uno en el infierno,  
cómo la sangre es una negra flor

bajando por tu espalda,  
sabré  
sabré de qué entramado son las sombras,  
me vestiré de luto,  
me vestiré de piedra,  
me enterraré entero en la oquedad.

Regresaré al antes,  
al quicio de tu puerta,  
al fresco de tu patio:  
a ser  
aquél en cuyo abrazo ibas cayendo,  
ibas cayendo  
cayendo como trigo que se duerme  
en el calor de la humedad.

Regresaré,  
sin duda,  
al tiempo blanco de los aguaceros.  
El tiempo en que existían las cosas:  
había cortinas sollozantes,  
    al menos eso parecían entonces  
esperando que tu estela llegara  
al paso de tu brisa de agua pura,  
aunque tus claros ojos parpadeantes  
eran solos de mar allende el viento,  
solos de guerra en plena paz  
sonando hasta la luz,  
sonando  
sonando en su cristal del jade.

Verdes tus ojos como negros mares.



En ellos llegaré,  
bebiéndolos.  
Bebiéndolos.

Después del fin no habrá mareas mansas:  
un desierto de olas empedradas  
    desprendidas del magma,  
recorrerá la tierra que pisaste,  
recordará los trazos que tu sombra  
sembró de noches claras nuestro mundo.  
Diáfanas noches de obsidiana  
en las que tú me cabalgabas.

¿Recuerdas cómo se sentía?

Yo sí.

Aún siento ese esplendor sobre mi pecho,  
la plétora de rosas que emanaba  
de tu boca en mi piel,  
de la punta de tu lengua en mi cuello.  
El ánfora de azules aguas vivas  
que vertían tus palmas al tocarme,  
la cualidad de peces desbandados  
con la que atacabas mis piernas  
    mientras te subías por ellas.

Un poema acudiendo a la palabra,  
un poema viniendo en tu cintura,  
viniendo  
viniéndose  
a la altura del verso codiciado  
con el que te mordías la mano,  
antes, siempre, del fin.

Cuando el mundo era un espacio bueno  
donde acampar,  
una luna en el porche,  
una barca de niebla en la laguna,  
una tierra posible donde arar.

El mundo era una nota de agua  
en el gran pentagrama.

Antes, antes de que se acabara el nombre  
y la saliva en la boca de todos,  
antes de olvidar quiénes somos.  
¿Recuerdas cómo te movías  
bajo ese sol del sur que tanto amamos?  
Poseída de ti,  
¡como que era posible ser más tú  
que tú!  
que doblabas en dos el horizonte:  
era arriba y abajo el espectáculo.

La noche era tu falda  
ondeando en los recodos,  
ondeando oscuramente en los recodos,  
ondeando  
al fondo de mi oscura mente.

El día, tu rostro, hoja de espada  
que hiende en la mitad de la mirada  
con la que todos te buscaban,  
yo,  
cegado en mi interior,

vencido desde un principio  
te enredaba en mis propios espejismos.

Esperando que el fin se abriera  
se abriera  
se abriera hacia el compás del infinito.

No lloraron los sauces  
en la boca del río.  
No lloraron.

Los monos despertaron en sus ramas,  
los árboles sangrientos  
derribarón las voces de los pájaros,  
desprendieron el pico de sus alas  
y partieron en dos el horizonte.

Nadie prefiguraba el fin.  
Sólo yo te invocaba  
oteando más allá  
oteando el ojo del volcán  
oteando el dedo luminoso,  
el dedo mágico de Dios  
    que escribe el libro  
donde tú y yo  
habremos de perdernos  
de ahora en adelante.  
De ahora en punto de adelante.

Después,  
un fin que no termina nunca,  
un fin vacío,

pétreo,  
enmohecido, vagando por el mundo  
como un loco harapiento,  
como un trozo de barro, al que Dios  
no despertó.

Sin un soplo, sin fuego, sin sustancia,  
carcomido de sí,  
expulsado de un necio paraíso  
que jamás existió.

Un fin sin fin,  
imposible,  
imposible y sin embargo su grito  
su mudo grito,  
tiembla en las paredes del mundo,  
implorando sentir de nuevo el antes:  
que hubo un antes,  
una humedad de ojos que me amaron,  
un dulce oleaje de cabellos  
envolviéndome el cuello.  
Un remolino en el que nos ahogábamos,  
antes,  
antes, amor, de lo imposible.

Antes oscuramente,  
oscuramente  
brillo de párpados imaginados,  
vibró un momento entre tus labios  
oscuramente amados  
oscuramente pájaros al vuelo,  
antes que te volvieras sólo anhelo:  
sólo un anhelo de tus ojos negros.

Un viento oscuro, puerto de tus ojos,  
un delicado puerto hacia tu cara.

No voy a ser quien abre la ventana,  
no voy a ser,  
no voy a ver  
el mar de fondo que ha quedado en nada.

YA NO HAY MANOS  
no hay cabellos  
no hay labios que cavén ríos de besos,  
no hay un lunar viajando por tu cuello.

No me digan que sólo fue el fin del mundo.

Porque, recuerdo,  
el mundo era un ojo  
    con su espiral al centro,  
las cosas tenían un nombre  
y las mareas, un ritmo;  
y las nubes, su aguacero.  
¿Quién vaga hoy por las colinas tañendo una campana invisible?

Soy el ciego del cuento redundante,  
el sordo del poema inacabado,  
el mendrugo de pan para el cadáver.

Te sigo.  
Te sigo.

Nadie ha vuelto del mar sin un naufragio a cuestas.  
Pero esta visitación es más que eso:  
la mordedura que no tiene remedio,  
porque, ¿quién va a volver, si ya no hay playa?  
Radas en abandono, signos sin brújula.  
Los átomos devorando su propia vibración.

Insisto: el mundo se acabó y todavía hay quien pace en el desierto.

Las sombras han muerto,  
lo sé  
pues no te veo  
    en los arrozales que dan un último suspiro,  
    en los valles donde se columpiaba el sol como espejeo;  
ya no te veo en las columbres de mis ensoñaciones,  
ni cuando me toco el corazón,  
ni cuando rezo.

No veo el desliz de un cuerpo  
entre la niebla,  
cuando venías a mis brazos  
hurtándote de ti,  
    de tu propia carne, de tu boca palpitante.  
Venías a mí,  
como los círculos del agua a su epicentro.

El mundo ha muerto, el mundo con su cola, con su hueso,  
con su hocico de difunto.  
Con sus ojos tiesos.

Los muros se agitan,  
se agita el cerco, se agitan las bisagras...

¡Cuidado, cuidado!  
Los dioses cumplen su palabra.

Saldremos en picada hacia la oscura flama:  
nada nos detendrá,  
enfermos de locura, dejaremos de ser hombres,  
dejaremos de ser pasto,  
dejaremos de ser polvo.  
Seremos nada,  
como mandan los códigos.

Ay, seremos nada, mi amor.  
Que ya lo somos.

No somos nada,  
hormigas cargando su infinito, a lomo,  
hacia un camino ignoto,  
ardientes hileras de espejismos  
y quimeras.

No somos más que piedras divisando un refugio de agua  
que no llega,  
no somos más que espera entre nubes sin retorno;  
no somos más que manos trémulas, dirigiendo plegarias  
en la hoguera.

Somos un hilo de humo  
entre los dedos,  
somos un vendaval sin ramas.  
Somos nada.

Éramos flor  
y somos nada.  
Éramos peces  
en picada  
hacia la flor de la cascada.

Éramos agua sobre la piedra  
y piedras que hablan.  
Laberintos de hojas  
en bajada  
hacia los pájaros de tierra.  
Éramos soles.  
Éramos dioses.

Tenía tu pelo...  
y me volví un desierto.  
Un mar de arena vagabundo,  
porque ya no lo tengo.

El mundo dio la vuelta y no hubo nada:  
un vahído de rocas y de yesca.  
Lagartos de piedra fría. Rugidos.  
Bocanadas de sal amarga y negra.

Qué ruines somos los hombres  
contando estrellas en la palma de la mano.  
Todo es mentira.  
Sólo hay sombras,  
sólo sombras enfermas.

Sólo furias y mareas  
sólo llantos



sólo grietas.

Sin tus manos, el abanico es un pez muerto en la alacena.

Llegó el momento de arder.

Que nadie espere a un dios del otro lado.

Llegó la hora de la llaga.

Y el perfume de la herida, como mordedura en el aire.

Aunque mire la parábola de luz

que pace en mi ventana,

no soy nada.

Soy nadie. Soy un vaso sin agua que revienta de sed entre los labios.

Un remero sin barca, sin océano, sin viento.

Pero tú no has muerto.

Fue el mundo el que acabó.

El rostro pérfido del mundo.

Se acabó la parábola de tus lunares en el cuello,

tu pelo negro,

la boa de tu pelo,

la trenza de tus dedos en mi pecho.

El funeral del mundo es esta noche.

Vamos juntos al entierro,

vamos al viaje de regreso al ombligo:

la tierra se revuelve contra sí,

los ríos se cuecen y la sangre se convierte en pedernal.

Los nombres regresan a sus sombras.

Los hombres polvo son

estrellas en picada.

¡Ah, Baktún!  
No me he olvidado de ti.  
Las falanges rotas de mis dedos  
yacen  
    repoblando el desierto.  
Dios mandó a su ballena  
a apagar el sol.  
Pero mi cielo  
    sigue ardiendo  
y el dolor no se rinde.

No sabe que sigo mirándote  
en el punto fijo  
    de mis propios ojos.

No sabe que no eres más que un punto,  
tú, ¡oh Dios!,  
un punto, tú,  
en la espesura negra del cerebro.

¡Quién pudiera voltear el corazón del mundo  
y ponerlo de cabeza!  
Tú serías el vientre de la tierra,  
y yo, un trozo de obsidiana clavado en la mitad de su corteza.

No tiene vuelta soñar.  
Soñar es, ya, el revés de la costura:  
la tela de la vida es amasijo;  
y su hilo, la locura.

No te he olvidado,  
mis dedos se refugian en las sombras  
persiguiendo memorias.

\*

NO PODRÉ  
madre,  
no podré mirarte  
convertida en piedra  
inevitable  
    candil inevitable  
piedra  
con sus letras muertas,  
con sus letras de piedra  
muerta,  
con tu muerte  
en estas letras.

No me obligues  
a cumplir  
este último rito  
inevitable,  
como tú inevitable  
como tú,  
madre.

No quiero verte  
¿recuerdas?  
dile a la luna que venga,  
Federico,  
que no quiero verte en la piedra sin tu sangre,

te lo devuelvo, madre,  
el primer poema  
que me explicaste  
con tu voz  
de gardenia  
para llevarme al loco amor  
que aún me quema.

Te lo devuelvo, madre,  
con mi voz aullido  
que no cesa,  
¡no quiero ver  
la mariposa muerta!

\*

Llegó.  
La hora crepuscular  
con su tic tac de confines  
otra vez recorridos  
otra vez.

La mariposa negra  
sentada en el sofá  
ladeando la cabeza.  
Tic tac.  
Son las mil de la tarde.  
La mariposa cesará de aletear  
en este instante,  
doblará las alas espumosas  
dejando un mar de estrépitos  
en el ambiente.

El mar  
se habrá acabado,  
sólo quedará el sabor  
amargo de su espuma,  
la sal,  
su inmóvil pez,  
el aire intacto,  
sin posibilidad de vuelo.

Otra vez  
    hay que saberlo.

Un año.  
La fecha exacta.  
El corazón labrado  
a golpes de metralla.  
Tu lápida que fue apedreada  
por un vándalo  
la víspera de su inauguración.  
Volver a construir el mármol,  
tic tac,  
otra vez la espera de lo imposible.  
Otra vez conjurando el momento  
para que no sea cierto.

En la entrelínea  
de esta página  
    me miras,  
no has cerrado los ojos.  
En el último giro de tu muerte  
se ha detenido  
el abismal error

de no tenerte,  
y yo puedo atisbar ahora  
esa mirada cómplice  
que entonces no alcancé.  
Puedo ver que me miras,  
puedo soltar tus alas,  
puedo gritar,  
comprar la veladora de tu primer aniversario,  
decirme  
que todo  
ha terminado.

\*

Estuve, madre,  
en ese confín inevitable  
donde la música se pierde  
se pierde el hilo  
el hilo ciego  
de la muerte.

Estuve  
al pie de piedra de tu tumba  
vi la siniestra letra  
herida  
aséptica  
vil  
enferma de locura,  
de tu vida, ahora sí,  
escrita en un paréntesis de fechas,  
de principio a fin  
sin posibilidad de errata,

sin aplauso.  
No habrá *encores*  
rocío de rosas rojas en el foro  
caravanas  
despedidas.

Todo ha ocurrido ya:  
los fuegos de tu cuerpo  
los gemidos de tus hijos  
los doce meses oscuros  
de tu duelo,  
la sequedad del hacha  
de esta única verdad.

Me confundí entre dos cementerios,  
llegué agitada  
con los ojos ardidos de alas negras,  
encontré las frías flores de ayer  
que mis hermanos te llevaron el día justo del aniversario.

Yo esperé un día más  
a solas  
contigo,  
a solas  
en el remolino de tus alas.

Las piernas se me doblaron  
como se me doblaron cuando los paramédicos me dijeron  
a media calle  
que ya nada se podía hacer,  
y me llevaron a rastras hasta tu cama para convencerme;  
los pulmones se me llenaron

del grito de cien animales vencidos  
una vez más,  
y abrieron

*sin bridas y sin estribos*  
su fragor en pleno.

El mundo se puso negro  
patas arriba  
otra vez,  
como cuervo desplumado  
cocido en sal  
amargo  
bizco  
bruto.

Las colinas de tu cuerpo joven

*verde que te quiero verde*

la avidez de las rosas abiertas de tus pechos  
las saladas sonrisas en el mar de Acapulco  
cuando nos abrazabas, madre,  
cuando estabas,

mariposa negra,  
cuando estabas de alma con nosotros,  
aparecieron en picada todas;

todo reapareció

la sangre derramada

la tortura de esas risas de oro

la risa de tus ojos que me aturde

me hipnotiza

me levanta de mi insomnio

la risa que guarda un secreto de gozo inminente que sólo a ti era dado,

la punta del alfiler que asoma anunciando un paraíso:

el esplendor de mariposa negra.



Ya,  
estás allí.  
Te dejo a buen resguardo,  
en un campo de tumbas floreciente.  
He besado el mármol de Carrara que construimos para ti,  
las letras de tu nombre  
las fechas que te enmarcan.  
He arrancado una piedra enraizada y la he puesto sobre el mármol  
como prenda de mi corazón.

\*

Danza  
    como siempre  
mariposa,  
entre las notas de este manantial,  
tu corazón de rosa  
y la nocturna lumbre  
de tus alas  
cantará  
cada vez que lo pidamos.

El pan vendrá a la mesa  
habrá domingos  
fiesta,  
brazos,  
cuello para hundir la cabeza.

Danza mariposa negra  
mariposa bella.

Habr  libros para ser acariciados  
candiles imborrables  
secretos de amor  
chales de rizos diminutos.

Danza, amada nuestra.

 AYOTZINAPA!

Alguien toca a la puerta.

Cimbra.

Cimbra.

Dicen que el huracán ha vuelto con su cuerpo de toro  
y su trompeta de agua  
a revolcarse con los montes.

Aquí sólo contamos gotas.

Contamos agujeros en el cielo.

Contamos muertos.

Alguien toca a la puerta.

Una piedra candente traspasa la ventana.

Nosotros estamos viendo un documental en la televisión.

No quitamos la cadena.

No es seguro.

Apuntamos un ojo tuerto hacia la grieta imposible de cubrir.

Terca grieta como culo por donde a todas horas se cuele el ulular.

Viene el candor de una vela, sólo el candor.

No alcanzamos a divisar su trepidante corazón azul.

 Qui n toca?

No molesten.

Es hora de cenar.

No queremos mentir. Mentirnos.  
Por eso mantenemos cerradas nuestras puertas.  
Y si se puede,  
    las ventanas.  
    Y sí, se puede.

Otra vez.  
Otra puerta.  
    No es un buen momento.  
No ahora.

Celebraremos el Día de Muertos  
con flores y retratos,  
con pan de azúcar  
    y calaveras de chocolate.  
Celebraremos.  
No tenemos prisa.  
Las cosas en esta humanidad son lentas,  
    para sentir cada una de sus piedras.

No sé por qué escribimos  
    un poema con paletadas de tierra.  
Por qué escribimos, siquiera.  
Podríamos sentarnos a tejer.  
Alguien toca a la puerta.

Podríamos escuchar canciones rancheras  
    valse  
    marimbas.  
Palos de lluvia.  
No.  
Alguien toca a la puerta.

¡Qué insistencia!

¡Quién vive!

Nadie.

Son los muertos de paso  
con su calaca sin dientes.

*La llorona y el espanto.*

No los escuches.

Mienten.

Mienten.

El cielo huele a limo  
huele a infierno.

¿Y si tocan de nuevo?

¿Y si quitamos las puertas?

¡Ay, no dejan en paz esos motores!

Pajarracos en vela zumbando por los cuatro costados:

*Se los llevan. Se los llevan.*

Cierren bien la puerta.

Haz la tarea.

Cantemos.

Roguemos.

Alguien se ha colado por los intersticios.

Sentimos el roce de una respiración

como una pluma de paloma

o un trasgo de hojarasca repentino.

No nos movemos.

Ya no tenemos espacio en la sala

ni en el comedor.

Seguramente es sólo un alma en pena  
que se ha desorientado.  
Apaga la luz para que encuentre la boca  
a la que pertenece.

No queremos abrir la llave todavía.  
No ésa.  
¿Qué sería de nosotros?  
Seguramente flotaríamos boca abajo  
en la piel de nuestras lágrimas:  
esa agua acíbar que brota de las fosas.

Pronto, corramos a escondernos bajo el piano.  
Ya vienen. ¿No los oyes?  
*Son los llorones*  
son los nuevos espantos.  
No estamos acostumbrados a sus hachas en la lengua,  
a la antorcha que brota de su pecho.  
Forman jaurías hambrientas  
y relumbran sus blancos ojos al acecho:  
Son padres que buscan a sus hijos  
debajo de cada piedra,  
detrás de cada sombra que silba,  
en las células de cada calavera.  
Echemos los mil cerrojos  
y atranquemos bien la puerta.

¿Qué hacen buscando bajo tierra  
hurgando en basureros,  
descosiendo caminos y ciudades?  
¿Qué buscan que no encuentran?

A todos se nos fue de entre las manos  
    (aquello que buscamos).

Lo tuvimos.

No sabemos cómo llamarlo.

    Nos quedó el desamor.

Los muertos suben y bajan,  
cantan canciones amargas.

Alguien toca a la puerta.

Ahora ya lo sabemos:

    es el horror.

Es el horror en su prístina pureza.

Viene en tumbos de ciego

    haciendo sonar su escalofrío

    detrás de cada oreja.

Trae los dientes calcinados

y el esternón carcomido.

Viene arrastrando cadenas

en los patios y azoteas.

La tierra no se conforma.

Tiembla.

Apenas ayer

    eran muchachos

con su nombre y apellido.

Hoy, sólo humo,

un pedazo de hueso.

Pulsos de mitocondria bajo el microscopio.

Pero eso sí:

baila bajo el sol meticuloso

el plástico de las bolsas en que los metieron.

Espejea,  
forma un ojo en el cielo circular:  
un reverbero de luz partido  
    en arcoíris.

Porque el paisaje es así,  
cambiante  
hermoso,  
y no conoce el twitter  
ni le afectan las conferencias de prensa.

Y el cuerpo dura y dura.  
El cuerpo es árbol y es semilla.  
    No basta el fuego,  
    no basta el filo del machete.

El cuerpo es un zafiro  
    es una estrella.

El cuerpo es nervadura  
    es mapa  
    cauce  
    lúpulo,  
    es aliento que vuela.

Nada puede cortar su sangre  
    ni sus venas.

Nada detiene el corazón que espera.

No,  
nadie puede quemar  
cortar  
segar  
desmenuzar la rebelión de pájaros que han tomado el horizonte.

Nadie puede arrojar al río  
    los signos de su vuelo,  
ni ocultar en bolsas negras de basura  
    las alas dulces de la vida.

En la orilla del horror  
    no vamos a creer.  
En la orilla del río en la orilla del fuego  
    no vamos a creer.  
En las bolsas del miedo.  
No vamos a creer.

El mundo es un mundo de cenizas.  
Un mundo triste de cenizas.  
Un mundo cubierto  
    cubierto de cenizas.

Todo se cae  
    y todo se comparte.  
Todo se quiebra.  
Todo se vuelve tierra  
    tierra  
    tierra.



## INVOCACIONES



ABRE LOS OJOS

lentamente,

tú, la que escribe estos renglones,

y mira a tu alrededor

cómo florece

la música indeleble de la vida.

Anoche pasaste la noche de los tiempos,

la noche de la espada

y del hueso,

hincadas tus rodillas en la piedra,

en la sed del rezo que nunca habías sentido,

en la gravitación de la plegaria

que te hizo nombrar a Dios,

rogar,

cantar al horizonte de su seno.

Porque dijiste, recuerda,

la víspera del resultado,

en este segundo Houston de macetas volanderas

en los faroles del hospital,

dijiste anoche, le dijiste al aire sofocado

y con tus manos enlazadas al pecho:

*Mi Dios, Señor mío, Señor nuestro,*

*estoy tendida aquí, para rogarte*

*que me escuches*

*en este laberinto de sollozos*

*hambrientos de tu lumbre:*

*veo desde esta piedra la ventana del laboratorio,*

*allí están las celdillas de vidrio*

*donde duerme la fórmula exacta*

del destino,  
sé que el expediente mañana nos espera,  
sé que en el cuerpo de mi esposo  
ya las células dieron su dictamen.  
Dios del pulso y del oro de la vida,  
creador de todos los instantes,  
haz con tu infinita matemática  
que los números se acoplen,  
que las cifras concuerden,  
que en la sangre de mi esposo  
vuelva a fluir la melodía,  
tu música, Señor,  
la vibración de tu presencia.  
Haz el instante de mi dicha  
en el vals de las venas  
que amo,  
pon a danzar sus células,  
encabalga sus átomos,  
rige al electrón hacia la cumbre.  
Tienes toda la noche  
para cambiar el signo de la médula,  
para moldear la telaraña de planetas microscópicos  
que rondan su paisaje,  
para rehacer su mar y su ribera,  
para engendrar la luz en sus costados.  
Mueve, mi Dios, los porcentajes escritos  
en la hoja de hierro  
que lleva persiguiéndome seis semanas punzantes,  
la hoja de hacha que es sólo papel,  
la hoja de seres impresos en computadora,  
seres hechos de líneas y de círculos  
que no comprendo;

letras, números, guiones, puntos, logaritmos,  
que dirán si vivo o muero.  
Muévelos, Dios, ordénalos  
en tu impecable ajedrez  
para ganarles la partida,  
Dios del terso océano  
y la libélula,  
de mis ojos en llanto que miran  
cómo vuela tu nombre  
por la esfera.

Tú,  
que empujaste a la partícula  
hasta expandirla en universo,  
que urdiste el fuego de la química  
y fraguaste con tu dedo la Gran Explosión  
dando cuerpo a la energía  
en el pulsátil núcleo del hidrógeno,  
y su abanico de helio  
que desató a la estrella en su esplendor,  
donde el caos se hizo cosmos  
y el sonido, música,  
y el muro, un labio abierto hacia la aurora,

Tú,  
que inundaste a la nada  
con vientos de hambre,  
con enjambres de rocío  
que quieren ser,  
comer,  
beber,  
quieren vivir  
arder en la memoria de la cosa,  
Tú,

que le diste al metal la sien que anhela  
y al fósforo el humo de la rosa,  
al carbono, la instancia del revuelo,  
y a cada mineral de los tejidos  
que pusiste en el mundo,  
el sello inextinguible  
la voluntad  
la herida de la espera  
para forjarse un corazón,  
el latido que repite tu nombre,  
Dios,  
y que es nuestro respiro,  
ese fluir acompasado,  
ese rezo en que te devolvemos  
segundo a segundo  
la imagen perenne de tu sombra  
y tu armonía,  
la necesaria respuesta  
al lazo que tendiste  
hacia la forma y su sustancia,  
hacia la vida  
que contigo nos estrecha,  
Tú,  
recibe este llamado  
a tu infinita puerta.

Abre los ojos,  
ya es de día,  
la navegable aurora ha vuelto.  
¿No lo sabes aún?  
¿No has visto al cisne negro  
realzándose en el lago,

en los bosques de Houston  
y sus altos árboles?  
Anoche tocaste los cristales  
de una cauda innombrable  
que te arrojó  
al centro mismo de tu corazón,  
no a otro lado,  
a ningún otro lado más que ahí,  
ofreciste  
a cambio de un instante  
–las doce del siguiente día–  
la pulsación de tu cerebro,  
el vino de tu paladar,  
la tinta de tus dedos  
en las páginas que escribes;  
ofreciste el oráculo  
de tu persona,  
tu paso por el mundo,  
la esfinge de tu estrella.  
Todo lo ofreciste  
para lograr  
el don del pentagrama duradero  
en la sangre  
del que amas.  
Le rezaste a la espuma  
de la nube primera,  
al círculo del agua  
que inundó  
la materia  
con su savia.  
Recuerda que dijiste,  
tu mirada en lo alto de la noche

entre el leve viento  
de la madrugada:  
*Dios, aliento del vértice,  
yedra inmarcesible  
que recorre los ríos  
del crepúsculo y del alba,  
brújula del siempre y el nunca,  
estación de la bisagra  
entre lo inerte y lo encendido,  
cúmulo de coyunturas  
que hienden la montaña a la planicie,  
el pez a la burbuja;  
fiebre de energías  
alienta en el resquicio  
de la roca  
para ser planeta  
o luna  
o copa de jazmín  
o cáliz  
o el sorbo nevado de una risa en la distancia.  
Dios uncido a mi boca,  
al beso cardinal de mis rodillas  
en el suelo de sombras del hotel,  
su patio de ramajes  
y adoquines,  
y al pálido tic tac de esa ventana  
donde mi esposo es un cometa  
prendido a tu sigilo,  
a tu sonriente inteligencia,  
al poder de tu rúbrica indeleble.  
Yo te ofrezco  
el iris de mi pecho,*



*la gaviota azulada  
que me dicta estos versos,  
el fragor de mi sustancia  
porque no tengo más,  
¿qué otra cosa?  
¿qué más puedo rendirte  
si tienes todo lo que eres,  
tu creación, y en ella  
ese corpúsculo  
de inaudita innecesaridad  
que soy?  
Pues eso, eso,  
lo pongo en la balanza  
de los filos  
que llevan a la orilla  
de la nada,  
y los doy a cambio  
de la vida  
del que amo.*

Tu voz sonaba a cuerda aguda  
a racimo de paja helada,  
a la pulpa de una aguja que gime  
y se alza aún más  
en la negrura.  
Sonó tu voz en la nocturna flama  
del verano en la ciudad de Houston,  
viajó por el torrente  
y llegó a las nieves desbocadas  
de un alud  
hacia la altura.  
Sonó como el ladrido del metal

en el eco de un vaso,  
tu vaso,  
el vaso de tu sed  
y de tu espanto.  
Abre los ojos  
ahora,  
vino la luz a guarecerte  
con su lluvia de olivos.  
¿no ves que hay pájaros bordados  
en la encajería  
del cielo?  
Los tejiste al son  
de tu bramido.  
¿No ves que hay una red  
de acordes nuevos  
en el matiz  
de la materia?  
Es la respuesta  
a tu llamado.  
Porque te ungiste  
en el pozo del milagro  
que cavaste en el grito de tu vientre,  
porque perdiste la noción,  
la nervadura de la tierra,  
para lanzarte al hueco  
de las ondas que giran  
hacia el sorbo del suspiro,  
en ceguera total,  
en la entrega feroz  
de la esperanza.  
Porque rodaste como nuez  
en la penumbra del vacío,

buscando el manantial  
de tu plegaria.  
Porque fuiste ave,  
reptil,  
abeja  
y hebra de pasto del jardín,  
fuiste cuenco,  
hormiga,  
quicio de una noche más  
en el verano,  
que para ti  
era la noche de los siglos.  
Porque aprendiste a hablar  
en el lenguaje de la palma,  
que sólo ofrece su verdor,  
en el lenguaje de la miniatura  
que se pierde en el olor  
de un grano de pimienta  
y sólo deja el temblor  
de algo que ha sido,  
aunque no se sepa.

Dijiste:

*No quiero más  
que las doce del día,  
déjame, mi Dios,  
tener ese momento,  
cruzar esa avenida  
de flores silenciosas,  
entre coches y pájaros  
y lloviznas de cielo húmedo  
y caliente,  
déjame salir del hospital*

*con el rostro en la línea del paisaje,  
porque mi esposo haya respondido  
al tratamiento,  
porque su sangre sea un sendero seguro  
hacia la vida,  
las doce, Dios, las doce,  
porque a las once es la cita milenaria  
de tu fulgor  
y de mi llama.*

Y sonaron los timbales de la noche,  
la noche se hizo azogue y claridad,  
entraste en el vértigo de Dios,  
en el rumor de los quásares  
y las partículas del millonésimo  
impensable.  
Entraste en la lluvia sideral  
que construyó luceros  
puentes movedizos  
lunas  
anillos  
nubes de galaxias que duermen su espiral  
hacia lo hondo del misterio,  
entraste en la quietud  
del universo,  
en ese blanco punto del que brotó  
el espacio,  
el tiempo,  
la gravedad de tu mirada en el espejo,  
la llave de tu cuarto,  
la escritura de Dios  
en la palma de tu mano.

Entraste en el fragor  
del movimiento,  
en la ola desnuda,  
en la palabra insondable.  
Giraban tus cabellos  
como dedos de luz  
en el desierto oscuro,  
y vagaba tu cuerpo  
entre los tímpanos del horizonte,  
perdida tu memoria  
en el relámpago,  
sin nada,  
sin camino,  
uncida al corazón  
de tu pedido:  
*Las doce del día,  
las doce, Dios  
la vértebra  
de la avenida  
este segundo Houston,  
Dios,  
este segundo  
que sólo espera  
un segundo en el reloj,  
la manecilla,  
Dios,  
las doce y un segundo  
comienzo,  
un parador  
y una semilla...*

EVAPORADAS,  
las palabras son el cuerpo de Dios,  
el cielo es su lenguaje  
y las nubes, sus versos.  
Ese silencio de partículas  
    que sienten,  
y latidos por los que fluye  
una corriente de aguas vivas.

El aire es oro que respira.

Cuando la gota es un lucero  
y el mar  
el alma del eterno movimiento,  
el lenguaje de Dios es un silencio  
en el eco macizo de las cosas.

Un resplandor que agita la mirada  
y la vuelve entera, y sabia.

Llegó  
como una oleada de oro  
y la dejé envolverme.  
No demasiado tiempo,  
no.  
Porque mi cuerpo  
no tiene la espesura de la dicha  
ni la cordura  
    de la dulce agonía.

Mas no se iba.  
¡Qué pertinaz presencia  
que todo lo convierte en permanencia!

Saber que prefigura la mañana  
con su trama de gallos y montañas,  
y que habita en el grillo y en la luna  
esculpiendo la noche inmensa y pura;

saber que se desliza entre mis dedos  
al sentir la caricia de las cosas,  
que es la respiración en todo el cuerpo,  
la vastedad de lo que veo.

Saber eso es un ápice de Dios,  
un cosquilleo en la certeza  
de que su voz  
es puente  
es río  
es tierra.

Oleada que no quema  
fulguró en mí.  
Navegó por mis venas,  
surcó el mar de mis reflejos,  
electrizó la pulpa  
de cada uno de mis nervios  
al paso de su aliento.  
Roció de estrellas mis sentidos.  
Quedé pulsando.

Esta noche, mi cuarto tiembla.  
Flota en el centro de una lenta gota.

De un parpadeo a otro  
el aire abre sus vértebras,  
la casa crece  
el cielo en la ventana es del tamaño  
del universo  
y mis pequeñas tortugas se arriman  
una junto a otra en su nido de agua,  
percibiendo el paso de Dios  
por la recámara.

Luego, volvemos a tomar aliento  
y empezamos la cena.

Hay una sinrazón por la que siento  
el paso de mis manos por mi cuerpo,  
y sé que vivo y que respiro,  
y me solazo  
en lo que sé y no sé por qué...

Es una embelesada sinrazón  
esa inutilidad que no culmina,  
ese volátil dardo que se pierde  
en su aéreo laberinto...

Es una sinrazón magnificente  
que no contiene  
más que tímpanos de silencios:  
seguramente es Dios,  
su desmedido corazón latiendo.



Ir perdida en el ruido de los días,  
en la humareda de las horas  
y la ansiedad de los segundos  
    que se suceden en tropel;  
ir clamando por más,  
por más oleadas de ellos mismos:  
espumas en picada que no cuajan,  
que revientan en un vacío ciego.

Entonces, la seda de Dios  
    se desliza en el aire  
con la gracia de un niño que descubre  
el clamor encendido de la abeja  
en las espinas de una rosa eterna,  
y le tiende la mano, liberándola.

Cuando no estoy en esa aura  
    –compás de agua dichosa–,  
en su columpio,  
en el aura de un Dios  
    –el agua de una Diosa–  
que me habla al oído  
en un lenguaje sin palabras;

si no respiro ese perfume intacto,  
el mundo es una cola de serpiente,  
la picadura de un mosquito loco,  
la rueda de un molino ciego:  
mordedura del tiempo en que se atasca  
    su propio ombligo.

Entonces, retrocedo,  
y de pronto se abre  
    en un refugio del silencio  
el corazón de la magnolia:  
la brisa franca de la vida.

Sé dónde estoy. Ha vuelto.

El viento hace marea entre las frondas  
y el puño ha penetrado el corazón  
en una bocanada de agua dulce  
    que ahoga de oro todos los sentidos.

Salta la sangre como cervatillo  
oteando,  
deseando  
de nuevo la embestida.

El vértigo de Dios.

La hoja cuelga de la rama  
    en su delgada desnudez;  
añora en el tardío noviembre  
un aguacero de verano.

Se recuesta en el aire  
desmayada en sí misma, verde oscura.

Saber que yo soy esa hoja,  
    esa pausada languidez,  
una mirada que sobre ella

construye mi memoria:  
seguramente es Dios quien habla.

Como la noche toma al día:  
    lo cubre de silencios y de estrellas;  
así su mano me ha tomado,  
llenándome de todas las respuestas.

Como un grito de sol  
    o grito de agua,  
así fue:  
salir de este perímetro de piel  
arder en la espesura, emerger,  
volcarse en ese territorio  
    que paraliza al corazón.

Así fue  
andar sólo un milímetro  
un instante pensar.

Esta increíble sensación  
de haber tocado el aire  
    en el fondo del aire,  
debe ser Dios,  
¿o Diosa?;  
debe ser Él o Ella  
    desnudando la huella de mis dedos  
para tocar sin miedo su misterio.

Como el sabor que nos queda en la palma  
cuando la fruta acaba.

Como la lluvia en la ventana abierta,  
el palpar del agua,  
esa ansia del agua por brotar  
    en flor,  
y abrirse en aguacero.

Así toco la luz del agua  
la pulpa y su cadencia,  
y espero  
    como sedienta mariposa  
la bravura incendiaria de la rosa.

El lenguaje de Dios es de la Diosa.

Sin perseguir las sombras,  
sin extender las alas:  
    –tenue nube de seda–  
una conspiración de la belleza  
se precipita en esta hora dulce.

La textura de Dios es un lenguaje  
    de fuego y luz,  
 nombra a las cosas y las mueve,  
las toca  
las hiende  
las recorre sin tregua y las convierte.

En el aire nocturno,  
en mis ojos cerrados,  
en la silente campanada  
    que sacude mi cuerpo  
cuando suelto las amarras del mundo,

Dios respira en mi piel,  
electriza mi sangre,  
es mi médula.

¿O soy apenas una de sus células?

A veces,  
las palabras son peces voladores  
perdidos en el silencio de Dios.  
No pueden contener las campanadas  
secretas de su voz.  
Son como pétalos de un día  
muy engarzadas en el tulipán;  
no son la flor,  
no son su savia,  
su olor,  
su gracia.

A veces,  
se escapan antes de llegar  
al pensamiento,  
al cáliz de la tinta  
al signo en el papel.  
Y se arrepienten de su atrevimiento,  
se hunden en el caos de un diccionario  
que las describe huérfanas,  
sin trama que tejer;  
se vuelven cosas en los dedos,  
son moscas en la blanca página,  
exhalación apenas  
del hervor en las venas,

del río de Dios que corre:  
ese magnífico ojo del silencio.

Las palabras se cruzan en el aire  
sin tocarse siquiera, volanderas.  
No conocen el ritmo ni el sentido,  
no contienen vivencias;  
sólo vibran, adentro,  
    son cuerdas de silencio  
que construyen los versos  
a la vera de Dios.

# ÍNDICE

Prólogo	7
<i>Dionicio Morales</i>	
Convocaciones	13
Desolaciones	29
Invocaciones	57

*Convocaciones, desolaciones e invocaciones*, de Ethel Krauze, Textos de Difusión Cultural, Serie Presente Perpetuo, editado por la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM, se terminó de imprimir el 18 de agosto de 2015 en los talleres de Gráfica Premier, S. A. de C. V., Calle 5 de Febrero 2309, Col. San Jerónimo Chicahualco, C. P. 52170, Metepec, Estado de México. Se tiraron 1,000 ejemplares en papel cultural de 90 gs. En su composición se utilizaron tipos de la familia Adobe Brioso 12/14 puntos. Impresión en offset. Cuidado de la edición: Martha Santos.